

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:
Walter Brennan. Brennan's brew

Autor/es:
Cabrera Infante, Guillermo

Citar como:
Cabrera Infante, G. (1996). Walter Brennan. Brennan's brew. Nosferatu. Revista de cine. (20):28-31.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/40953>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:





Walter Brennan

Brennan's brew *

* brew l n poción f, brebaje m.
Diccionario Collins Inglés-Español

Guillermo Cabrera Infante

Walter Brennan (1894-1974) nació viejo: nunca se le vio envejecer

porque aun de joven ya era viejo. O se le vio viejo en el cine, donde siempre pareció

un satélite de las grandes estrellas. Pero, es evidente, podía brillar con luz propia. El

hombre de Swampscott, Massachusetts estaba destinado a ser el único actor que ganó tres Oscars y el respeto de sus pares -y sus nones como Howard Hawks. Dice Hawks de su actor (secundario) favorito:

*"Creo que Walter Brennan fue el mejor ejemplo de una personalidad que yo usé. No hay más que mirarlo para echarse a reír. Cuando componía el reparto de **La ciudad sin ley** (1935) alguien muy listo de la productora me dijo: '¿Recuerdas ese personaje del que hablamos el otro día? Conozco a alguien que es exacto'. Dije: 'Bueno, ¿por qué no le echo un vistazo?'. 'Este tipo', dijo este tipo, 'no ha hecho nada nunca. No creo que siquiera haya abierto la boca. Es un extra. Pero por Dios que es el personaje que describiste. Pero ni siquiera sé si puede actuar o no'. Dije: 'Trailo pero ponle ropa y dale un bocadillo o dos. Así ahorramos tiempo y no tengo que verlo varias veces'. Fue así que me trajo a Walter Brennan y no más verlo solté la carcajada. Le dije: 'Mr. Brennan, ¿le dieron algún bocadillo?'. Dijo él: 'Sí'. Dije yo: '¿Quiere leérmelo?'. Y dijo él: '¿Con o sin?'. Dije yo: '¿Con o sin qué?'. Dijo él: 'Los dientes'. Ya estaba contratado: no tenía ni que leer sus diálogos. Me reí de nuevo y le dije: 'Sin'. Se dio vuelta, se sacó los dientes, se volvió de nuevo y empezó a hablarme. Se suponía que trabajara tres días y se quedó todo un mes".*

Hawks es el mentiroso de siempre, porque ese Brennan que describe, que no había trabajado nunca, había hecho cerca de veinte películas antes de **La ciudad sin ley**, entre ellas ¡varias películas mudas! Pero su retrato de Brennan lo completó Hawks con una frase por

primera vez veraz: *"Gente como él aparece pocas veces"*. Afortunadamente para nosotros Walter Brennan apareció muchas veces.

Aparte de **La ciudad sin ley y Rivales** (1936) cuando Hawks comenzó a hacerle quitar y poner su dentadura postiza a Brennan -en **Río Rojo** (1948) quitar y poner eran acciones alternas porque Brennan pierde su risa y su sonrisa jugando inadvertido al póker con el jefe Yowlachie Quo, que tiene cara de póker pero le guarda a Brennan las dos planchas hasta la hora de comer- recuerdo **Deslices** (Edmund Goulding, 1934), donde Brennan es un chófer sin nombre. Ahora tiene una sola línea de diálogo (*"Aquí recogemos a una señora"*, que es casi *"La cena está servida"*) y él mismo reconoce enseguida que no es nada cómico -y hay que cogerle la palabra.

En **La historia de Irene Castle** (H. C. Potter, 1939) Brennan le da una palmada a Fred Astaire salvado de las aguas y le dice: *"No eres el único actor aquí"*. No hay siquiera una sonrisa porque no hay dientes abordo -sólo el tupé de Astaire por el aire.

En **Tierra de violencia** (Ro-

bert D. Webb, 1956) Brennan es un carcelero gruñón pero no hace café, como en **Río Bravo** (Howard Hawks, 1958). Antes de poner la cafetera al fuego un miñón malvado hace fuego y lo mata. Lo que convierte en axioma el dicho de Brennan en **My Darling Clementine** (1946) -según Néstor Almendros muy bien llamada **Pasión de los fuertes**, que son Henry Fonda y Victor Mature encarnando con vehemencia viril a Wyatt Earp y Doc Hollyday- como jefe del clan Clanton que le dice al hijo: *"Cuando saques un revólver que sea para matar, ¡maldito sea!"*. Regla del oeste en que la máxima se hace Maxim (la metralleta). En esta película Brennan es un malo y cuando Brennan es el malo es muy bueno.

Pero cuando es bueno es óptimo. (Ése es su verdadero nombre, Óptimo Brennan). Por eso ni un Arthur Hunnicut acoplado a un Jack Elam con sus ojos de camaleón domesticado pueden competir con un Brennan aun al borde de la tumba. Ésa es la causa por la que ni **El Dorado** (*Eldorado*; Howard Hawks, 1966) ni **Río Lobo** (*Rio Lobo*; Howard Hawks, 1970) son las dos medio **Río Bravo**. En la primera y segunda películas está



Río Rojo



Howard Hawks, está John Wayne y está Leigh Brackett, la guionista, que aparece detrás y al fondo. Sólo falta Walter Brennan -y hace falta.

John Wayne tenía 52 años cuando hizo **Río Bravo**. Walter Brennan tenía 65, pero actúa (y se comporta: para él verbos sinónimos) como si fuera el padre de Wayne. Su Stumpy nunca deja la cárcel, donde es cocinero, ama de cárcel, espíritu del lugar y carcelero -en ese orden. Cuando ameniza, no hay otra palabra, la cárcel, andrajoso, la convierte en un hotel con la estrella del *sheriff*: se vuelve Stumpy en el Savoy.

Coffee Break

Moli era la yerba mágica que Hermes (nombre de mi última máquina manual) le dio a Ulises para mantener al viajero despierto sin sucumbir al sueño de Circe. Moli era el café de los griegos, que ahora tomamos para ver mejor los sueños de esa otra maga embrujadora: la pantalla.

Después del *six-shooter* con sus seis balas mortíferas y el rifle Winchester, la tercera gran invención del cine del

oeste es la lata de café, el jarro hirviente lleno del brebaje que se introdujo entre los vaqueros en 1880 con resultados dudosos. Hay más, mucho más, mal genio hirviendo que café hirviente y beberlo quema labios, lengua y encias -cuando no se lo echa arriba a uno (y otro) un peón torpe.

En **Río rojo**, Walter Brennan ofrece -o mejor a veces ofrece- su poción mañanera a esos hambrientos, bostezantes y dormidos *cowpokes*. Lleva por sobre los jarros una cierta sonrisita. No en balde: el café es infecto y apesta. Además ya está frío y es amargo. La ausencia de azúcar causará en poco tiempo una horrible espantada -que en el cine llaman

stampede como si se tratara de un correo apresurado. Pero antes, poco antes, Tiller, vaquero veterano que todavía lleva trazas del uniforme de los confederados, arroja por no vomitar su jarro lejos y se queja: "*¡Este café sabe a rayos!*". John Wayne, que es por supuesto el jefe, interviene quitándole la disputa de encima a Brennan: "*¿Qué es lo que pasa, Tiller? ¿Ya no te gusta el café?*". Es obvio que el brebaje sabe tanto a veneno como la cicuta que hizo famoso a Sócrates, pero Wayne no es esta vez un filósofo o un diplomático viajero por la infinita pradera y no espera la respuesta de Tiller. "*De ahora en adelante*", anuncia, "*tendremos raciones escasas y café malo*". Es, esta vez, un adelantado del desierto, casi un Rommel en su campaña de África.

El café es el brebaje del oeste desvelado no el whiskey anestésico, aserto cierto desde **Cimarrón** (*Cimarron*; Wesley Ruggles, 1931) hasta **Wyatt Earp** (*Wyatt Earp*; Kevin Reynolds, 1994), donde el *sheriff* letal se da un último trago -de café caliente. Justo antes de ajusticiar a los fascinosos en el Corral OK Doc Hollyday, en su afán suicida, bebe sólo whiskey. Pero su



Juan Nadie

colega en **La diligencia** (*Stagecoach*; John Ford, 1939), Doc Boone, en su momento de gloria, puerperal, pide café, mucho café. No toda es vigilia la de la botella abierta. ¿Queda café?

Decaf para todos

En **Colorado Jim** (título, *The Naked Spur*, "La espuela desnuda", que la película hace profético, demasiado profético), Millard Mitchell, que siempre me cayó bien pero no porque naciera en La Habana sino por su aparición en **El pistolero** (*The Gunfighter*; Henry King, 1950), en que es el último amigo que le queda vivo a Gregory Peck, y en **Cantando bajo la lluvia** (Stanley Donen; *Singin' in the Rain*, 1952), donde es el único jefe de estudios simpático, este tullido Mill Mitch sustituye a Brennan (que rechazó el papel porque había "*demasiados caballos*"), pero trata de hacer lo que Brennan hacía mejor que nadie: una cosa que yo sólo sé: café. Ahora anuncia Mitchell que va a hacer café no para dos sino cuatro: James Stewart que es un paria social, Janet Leigh al borde del río pero no de la ducha (ahora lleva el cabello corto a lo *boy* y se parece a un Tab Hunter con tremendas tetas), Ralph Meeker resbaloso y traidor que es un violador de indias y asesino nato y Robert Ryan, el perdedor más ganador del cine. Pero Mitchell ni siquiera trata de hacer café para dos porque se lo impide la trifulca (que comienza como bifulca) entre Stewart, Ryan y Meeker. Más vale así porque Millard Mitchell trata -y vaya si trata- de ser otro Walter Brennan. Telegrama de Western Union: nunca hubo dos Walter Brennan en la vasta pradera del cine. Punto.



No sólo la cámara ama a Brennan

Stumpy en **Río Bravo** y también todos los personajes creados por Walter Brennan para Howard Hawks, saltó de las páginas de Mark Twain y cayó en una trampa -su boca, con o sin dientes. "*Cierra esa boca*", le dice Humphrey Bogart en **Tener y no tener** (Howard Hawks, 1944). Su (de Brennan) Huckleberry Finn es todo interjecciones, eyaculaciones y falso folklore. Sin embargo Hawks creyó que era una personalidad enorme el hombre. ¿Por qué, Howard? "*Creo firmemente que la cámara ama a algunos pero desprecia a otros*". Esa prosopopeya de la cámara, un aparato inerte, se llama fotogenia, un concepto creado según Nicéforo Niepce, aunque *Daguerre c'est Daguerre*, mientras el fotógrafo predilecto de Baudelaire, Nadar sabía guardar la ropa para tomar los primeros planos que se conservan en negativos de platino en el Museo de Pesas y Medidas de Sevres.

Sigue Hawks (el director a quien le gustaba más hablar que el whiskey) hablando de Brennan: "*Quien le guste a la*

cámara le cuesta mucho trabajo salir mal. Quien disguste a la cámara no tiene la más mínima oportunidad". Pero, por favor, ¿qué más puede decirme de Walter Brennan? "*Si mira a mi carrera*", y no hay otra cosa que hacer que mirar, no a la carrera de Hawks sino a la pantalla, "*verá que los actores me gustan menos que las personalidades*". ¿Podría poner ejemplos? "*Bogart era un gran actor pero era tremenda personalidad. Eddie Robinson no era la mitad de buen actor que se suponía, pero era otra tremenda personalidad*". Sí, bien, ¿pero Brennan? "*No hay más que verlo para echarse a reír*". Tal vez. Pero nadie se reía frente a su juez Roy Bean en **El forastero** (William Wyler, 1940), capaz de mandar a la horca su madre, si la tuviera. O atreverse a darle la espalda al jefe del clan Clanton en **Pasión de los fuertes**. Aun la frase "*The Clanton clan*", al pronunciarla sonaba a Fonda a Klu Klux Klanton. Es que Walter Brennan era un gran actor. Con y sin dientes. Todos lo amábamos. Todos lo amamos todavía. Con o sin cámara. Miren si no sobre estas páginas ese *still* que, según Galileo, *eppur si muove*.